

EN EL OCTAVO ANIVERSARIO DE SU MUERTE

JAIME EYZAGUIRRE

JAIME Eyzaguirre entregó a Chile la mejor de su espíritu. Su palabra, que quedó prendida en las páginas de su obra, seguirá por largo tiempo despertando en sus lectores el eco de una personalidad brillante y ejemplar, de la que se desprende una suma de ideales y conocimientos imposibles de encontrar en un solo autor contemporáneo en nuestro país.

No fue sólo un historiador, en él el escritor cuidadoso no abandona ni por un instante al investigador y pone a su servicio recursos brillantes que transforman su obra en fuente, a la vez, de conocimiento y goce; sin esfuerzo, con espontánea y natural sencillez. En Eyzaguirre, la historia se transforma en ameno relato, apto para llevar las horas de ocio entretenimiento, sin que la necesaria preparación de que fuera objeto, sea pretensiblemente expuesta.

La riqueza de su estilo, pleno de animación dramática, brillante y colorido, mantiene en el lector un eficiente interés que no se pierde al consultar el relato histórico, antes bien, despierta el deseo de proseguir indefinidamente en compañía de esos hombres esforzados y valerosos cuya imagen viva nos entrega con cariño y con la que muchas veces se le siente identificada.

La historia—cineola de Eyzaguirre está basada íntegramente en los archivos, en los que se sumerge arduamente y los complementa con el conocimiento de la tierra que vio las hazañas y de las gentes que constituyen la espinosa de los forjadores de la nacionalidad. El contacto personal con las fuentes, da a su modo de contar la historia, un sabor distinto, de cosa nueva dicha por primera vez, sin confiar en los juicios de los que le precedieron en la labor historiográfica, que a partir de él, se transforman profundamente. Sobre una base sólida y científica que no admite dudas ni engaños, deja lugar a la imaginación para dar brillo a los acontecimientos reconocidos u ocultos por intereses ajenos a la historia.

La sangre joven y ardiente del indígena es la que el espíritu español se infiltra como fluid vital que da origen a una raza nueva y plena de promesas, es, para Jaime Eyzaguirre, el momento cénico de la conjunción de dos mundos y su importancia no puede ser desconocida ni negada; conservamos lo mejor de cada una de ellas, es nuestro patrimonio y su solidez asegura a nuestro país un futuro brillante.

La función que atribuye Gortázar al historiador parece diseñada para Eyzaguirre:

"El historiador tiene un doble deber que cumplir: uno para consigo mismo y otro para sus lectores; para satisfacerse a sí mismo está obligado a figurarse de que los hechos que refiere han sucedido realmente; para satisfacer a sus lectores está obligado a probarlos".

El mismo, en su discurso "Por la Fidelidad a la Esperanza", asegura que se siente obligado de un mensaje escrito con la línea de los siglos y, como tal, va entregándolo y poniendo en esa entrega gran parte de su ser; porque Chile está en su sangre y con él va viviendo, a través de cada época, la existencia de esta patria que siente suya desde las raíces del tiempo y cuyo acontecer vibra en su obra con el gozo o el dolor que en él inspira, porque son su gozo o su dolor.

Y con ser tan grande el amor que siente por la Patria y su historia, deja lugar en su corazón. En Eyzaguirre, el del corazón abierto y go-

stoso están muchos otros amores: el de su familia, el de la parentela que lo busca al reconocer en él al legítimo maestro, formador y buscador de vocaciones; de ellas se encargó, al saberlas triunfantes y no son pocos los grandes hombres de nuestro país que corren como un honor el haber sido sus discípulos y, más tarde, sus amigos. En ellos sigue vivo el espíritu de ese ser extraordinario, bendecido, inmarcesible de la Verdad y apóstol ferviente de un cristianismo sin concesiones.

Hay en él otro amor que merece un aparte: su amor por la Madre Patria, a la que devuelve todo el honor y el mérito de lo que es América y de lo que pueda tener en el futuro cuando sea a la generosa tradición hispana a la que debe sus mayores bienes: la religión, el idioma, el respeto por los derechos humanos. Desde su ligera, el español mira al indígena como a un igual, dotado de un alma, heredero sin saberlo del Reino de los Cielos. Al reconocer esos derechos, no edificamos barreras rivales que hubieran modificado substancialmente nuestra vez única. Las últimas palabras de Isabel la Católica demuestran hasta qué punto se respetó en el indígena su condición de ser humano: "Ordenad, pido, imploro piedad para mis nuevos súbditos, los míos".

De ambas razas participa Eyzaguirre: de la que ama entrañablemente la tierra y la orilla, de años a costa de su sangre, y de la que lleva de almude los mares tras un caudal de hondas trocado en realidad; que sumerge al océano o de este continente nuevo y que humede sus raíces en la frescura de su selva, junto a la lluvia roja de los copihues. Siempre respetuoso de la España del Renacimiento y siempre enamorado, como los conquistadores, de esta tierra que describe una y mil veces con sensibilidad de artista.

Pero ningún amor empujémoslo al que estuvo vivo en él, motor siempre diligente en el camino de la perfección; Dios está siempre presente en su vida y en su obra; todo su existir está entregado al afán de lograr la más importante de las metas que se ha propuesto: la eterna realidad. Visible a través de cada palabra suya esta búsqueda de infinito, va, en todos los detalles, como uno de los sellos que la caracterizan y la hacen diferente y única. La mayor belleza de este deseo de perfección está en que no es individual y egoísta, en él alienta la convicción de que la mejor manera de asegurar la propia salvación, es la de trabajar por la de los demás.

Sin sentirse a los intereses temporales que nunca lograron contentarlo, Eyzaguirre logró importantes triunfos a lo largo de su carrera: las Academias de la Historia y de la Lengua lo acogieron en su seno y se prestigiaron con su nombre; las universidades tuvieron el privilegio de ofrecer su palabra. De las dignidades que no alcanzó puede decirse con don Alonso de Ercilla:

"Las honras consisten, no en tentillas
sino en sólo arribar a merecerlas".

A las incomprendencias inevitables en quienes intentan una línea que no se agazapa, opuso siempre la dignidad de los que se apoyan en la rectitud y buscan, también por convicción, la armonía y la fraternidad.

ANA MARTINEZ ZUNIGA
Valparaíso, 1946

Jaime Eyzaguirre [artículo] Ana Martínez Zúñiga.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez Zúñiga, Ana

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jaime Eyzaguirre [artículo] Ana Martínez Zúñiga.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile